

DESARROLLO DEL CICLO VITAL EN EL SER HUMANO

Dr. Lauro Estrada Inda*

Los poetas, profetas de nuestro tiempo, poseen la intuición necesaria para describir lo que a los técnicos tanto se nos dificulta. Por eso, a veces hay que recurrir a ellos para comprender cómo el hombre, ente biológico, puede convertirse en un ser humano.

Para lograr dicha condición, el individuo debe recorrer un ciclo vital durante el cual se desarrollan las estructuras psíquicas que le permiten la comunicación con su entorno. Los caracteres esenciales de la personalidad se encuentran ya definidos en los niños desde los 5 ó los 6 años de edad. Posteriormente, la evolución implica sólo modificaciones o enriquecimientos y, en algunos casos, atrofias, como lo demuestra la patología.

Conviene subrayar algunas etapas en el crecimiento del niño, que conllevan la formación de estas estructuras:

La primera y fundamental es la habilidad del niño para diferenciar entre sí mismo y el mundo que lo circunda.

Al nacer, cambian bruscamente sus condiciones ambientales y su organismo debe pasar de un estado de total protección a otro que lo obliga a adaptarse a trastornos externos para satisfacer sus necesidades. Su primer contacto con el mundo lo constituye la madre, proveedora esencial en su nuevo medio.

Sin embargo, una negación parcial y moderada de los satisfactores es condición necesaria para que el niño empiece a distinguir entre sí mismo y los objetos, por ejemplo, la relación que surge con el seno de la madre que lo alimenta o con los sustitutos, como el biberón. En la medida en que le es accesible, el seno se le presenta como parte de sí mismo; mientras que si sufre de privación, la diferenciación empieza a surgir. No obstante, tal distinción no puede prescindir de un mínimo de recompensa.

No sabemos lo que sucedería en casos de absoluta disponibilidad (sería necesario criar a los niños en laboratorio), pero sí tenemos mayor información acerca de lo que pasa como consecuencia de la intensa carencia. A este respecto, los trabajos de Spitz, Wolf y Durfee nos hablan claramente de lo que acontece cuando falta el estímulo materno y los efectos irreversibles que esto tiene.

La maduración normal del niño es mejor cuando hay una mayor indulgencia que en los casos de privación. Tenemos que saber también que para que exista una mayor indulgencia, la mujer debe aceptar con agrado su maternidad y disponer del tiempo suficiente para atender a su hijo, dando por hecho su salud física y emocional.

Observamos entonces, que la dependencia del niño es un factor crucial para desarrollar comportamientos sociales y psicológicos que conforman el proceso de humanización, algunos de los cuales revisaremos a continuación.

Existen tres pasos en la reproducción, igual de importantes: el coito, el parto y la lactancia, cuyas principales características son:

- a) Reflejos neurohormonales muy parecidos.
- b) Sensibilidad al estímulo del ambiente que puede inhibirse fácilmente en etapas tempranas.
- c) En determinadas circunstancias, pueden despertar comportamientos relacionados con los cuidados y la alimentación.

He aquí algunos ejemplos: En experimentos con animales se han unido sus sistemas circulatorios (aún siendo de diferente rama biológica) y se ha logrado la emisión de leche en un animal por medio de la excitación sexual del otro.

Asimismo, se ha comprobado que la emisión de leche está condicionada por el grito de hambre del recién nacido.

La información acerca de la conducción de esperma es aún fragmentaria; sólo se sabe que los trastornos ambientales inhiben tanto el funcionamiento sexual como la producción de leche y el fenómeno de expulsión del parto.

Estas funciones implican un impulso de supervivencia.

Veamos ahora algunas de las consecuencias de la lactancia: A través de observaciones sistemáticas se ha encontrado que aquellas madres que le hablan más a su hijo durante los primeros días de la lactancia al tiempo que los acarician y mantienen el pezón en su boca durante un lapso mayor, continúan por más tiempo amamantándolos.

Se estudió a dos grupos de madres: uno, en el que las madres tuvieron a su lado al bebé las 24 horas del día; y otro, en el que solamente lo tuvieron durante los cuatro periodos de lactancia programados. Las primeras eligieron amamantarlos. Se sabe también que los bebés alimentados sin horario fijo y a quienes les fue permitido además jugar con el pecho y la cara maternas, se desarrollaron con mayor rapidez y en forma armónica, sin presentar signos de sufrimiento físico o emocional, en contraposición con los otros, cuyas madres reglamentaban las horas de sus comidas. En un tercer grupo de madres que carecía de empatía alguna por sus bebés, éstos tuvieron, como consecuencia, un proceso de maduración más lento y mostraron reacciones equivalentes a la depresión.

* Prof. del Curso de Maestría de Psiquiatría Infantil, Universidad Nacional Autónoma de México.

Hemos estado siguiendo, aunque fragmentariamente, el ciclo de la vida con el objeto de descubrir en qué forma se trastorna.

En el mundo moderno existe la tendencia del hombre a eludir que el amor interfiera con su carrera. De la misma forma, niega muchas de sus emociones espontáneas, con lo cual entorpece su desarrollo y dificulta la posibilidad de tener relaciones satisfactorias con sus semejantes. Cuando sucede esto, aparece el miedo y el distanciamiento entre los hombres, y se deja como legado a los hijos la motivación al trabajo con el logro económico como único fin.

Dentro de los mecanismos de sobrevivencia del ser humano (homeostasis) es prioritario no solamente resistir al desbalance, sino predecir cómo va a responder el ambiente al propio comportamiento. La dificultad para predecirlo produce ansiedad. Por ejemplo, dentro de los límites de este mecanismo homeostático, el infante puede aceptar temporalmente gratificaciones psicológicas en sustitución de las fisiológicas (un niño que llora por hambre puede ser consolado momentáneamente por medio del contacto corporal, el calor o palabras dulces). De igual forma, después que el niño se ha condicionado a la compañía del adulto, puede aceptar temporalmente el biberón como un sustituto de la compañía, aun cuando no tenga necesidad fisiológica del alimento.

El niño, entonces, ha empezado a percibir ya el significado de la intencionalidad y de las acciones.

En cuanto a problemas que pueden presentarse en el desarrollo normal del infante, relataré parte de mi experiencia:

Inicié una investigación acerca de los niños que nacen con ambigüedad genital, la cual puede ir desde algunas anomalías en los caracteres sexuales secundarios, hasta un severo hermafroditismo. El estudio de estos casos permite ver el impacto que tiene la socialización del niño, tanto en el ámbito familiar como fuera de él.

Se seleccionaron 5 de estos niños (en la actualidad son más de 80) que tenían aquella edad cronológica en la que se sabe que las zonas genitales toman primacía en los niños como proceso ontogénico y en la que para los padres aparece la necesidad de diferenciar el sexo del menor a través de complejas actitudes, comportamientos y mensajes. Se investigó a los niños durante dos años, en sesiones semanales conjuntas con sus familiares, partiendo de las siguientes consideraciones:

- A) Los padres tratan al niño con la intención de moldear su comportamiento conforme a lo que se considera apropiado para su sexo, desde el punto de vista social.
- B) Debido a las diferencias innatas que se manifiestan desde la infancia, tanto niños como niñas estimulan a sus padres en forma diferente, despertando, por lo tanto, diversas respuestas en ellos.
- C) Los padres basan su comportamiento hacia un niño de acuerdo al concepto que tienen de cómo,

según su sexo, la criatura va a ser más tarde.

- D) El comportamiento de un padre hacia su niño depende, hasta cierto punto, de si el niño es, o no, de su mismo sexo (la identificación es más fuerte con el del mismo sexo).

Es necesario aclarar que estas cinco familias provienen de un estrato social limitado en ingresos económicos y en educación.

Se llegó a las siguientes conclusiones:

- 1) Los familiares trataron inmediatamente de ocultar el problema, mientras que en casa sobreprotegían e infantilizaban al afectado (vgr, no lo mandaban a la escuela).
- 2) Se les despertó un miedo generalizado e importante hacia el hecho de que la burla de los demás pudiera traumatizar al niño. Los padres tenían miedo de resultar también ellos mismos afectados.
- 3) Los padres no dejaron de ejercer sus roles (fuerte factor inhibitorio) sino hasta que encontraron a alguien que los guiara. Se detuvo el paso progresivo de la maternidad, alterando diferentes áreas de maduración.
- 4) En todos los familiares aparecieron sentimientos importantes de culpa y vergüenza. Se tendía a identificar el problema con un estigma familiar o con un castigo Divino. Aparecieron elementos de frustración y depresivos.
- 5) Se despertaron las dudas y la ambivalencia acerca de la propia sexualidad. Las mujeres se quejaban del abandono marital.
- 6) En los niños surgió lo que he llamado el "síndrome del querubín", donde no se presenta el proceso de diferenciación sexual. Existen lesiones en la formación del yo y en el área de adaptación social.

Conocemos dos principios que regulan el funcionamiento mental y que expresan dos tendencias del hombre. Uno de ellos impulsa hacia la gratificación inmediata e incondicional de las demandas instintivas, al tiempo que el otro acepta las limitaciones de la realidad, posponiendo la satisfacción, para así asegurarla más en el futuro.

En esta forma podemos ver cómo el desarrollo del yo del niño procede junto con las relaciones del objeto (su madre). La ambivalencia es un factor que amenaza estas últimas y, por lo tanto, pone en peligro la estabilidad de las funciones del yo infantil.

Sigmund Freud señaló que la ambivalencia podría brotar como una protección necesaria para el individuo contra los impulsos que se encuentran dentro de sí mismo, donde la externalización de los mismos es un requisito indispensable para la sobrevivencia. Algunas de las características de la ambivalencia sugieren también que los cambios intermitentes entre proyección e introyección (indispensables acompañantes para que el niño establezca una distinción entre su yo y el mundo que le rodea) persisten como una tendencia de alejamientos y acercamientos a su objeto que impiden alcanzar la permanencia de sus relaciones. Debe entenderse que mientras más seguridad sienta el niño de que sus demandas serán atendidas siempre,

tarde o temprano le será más fácil tolerar los periodos de privación.

Igualmente, el papel de la madre es doble: primero, establecer el premio al aprendizaje. Para retener su amor, el niño se ve forzado a aceptar que es necesario aprender; y segundo, una vez establecido el yo del niño, apoyarlo en su lucha contra los impulsos.

Ambos principios pueden cumplirse mejor si la educación se lleva a cabo en un ambiente de atención tierna y amorosa. De otro modo, el que haya agresiones conscientes o inconscientes por parte del adulto despertará la contra-agresión del niño. Se piensa que la capacidad del pequeño para percibir la agresión es mayor de lo que uno pudiera suponer y que, además, tal capacidad se encuentra presente desde muy temprano.

Existe una serie de variables a este respecto, tan finas y sutiles, que tienden a pasar desapercibidas. Este tema nos lo ilustran las experiencias de un conocido psicoanalista, Kohut, el cual, en su amplia práctica, analizó a varios hijos de psicoanalistas. Casi todos estos niños habían tenido ya alguna experiencia de tratamiento y, curiosamente, coincidían en presentar como síntoma una sensación vaga de no ser reales, de no ser ellos mismos, una cierta dificultad para expresar emociones y una fuerte necesidad de acercarse a figuras poderosas con objeto de obtener algún sentido de la vida.

Los padres no eran ni fríos ni rechazantes, tampoco tenían ningún sentimiento oculto en contra de sus hijos ni habían incurrido en interpretaciones agresivas. El efecto nocivo del comportamiento paterno se encontraba precisamente en que dichos niños tenían la constante impresión de que sus padres sabían más acerca de sus pensamientos, deseos y sentimientos que ellos mismos. Esto interfería enormemente con la consolidación de su yo, provocando la introspección y aislamiento en defensa de la "sabiduría paterna". Se encontraban protegidos contra el peligro de "ser entendidos", y esto dificultaba su tratamiento. Su yo se encontraba dañado por haber sido sobrecargado desde los primeros años y el propósito defensivo era protegerse de que otros conocieran sus pensamientos.

El niño tiene que luchar contra situaciones tan complejas como las que establecen sus dos tendencias instintivas. Su necesidad de controlarlas y ponerlas a buen tiempo y a buen ritmo es imperativa.

Son bien conocidos los fenómenos que ocurren entre padres e hijos angustiados, en quienes la actitud de los padres provoca un yo falso. El resultado son niños fóbicos, niños que se comportan como si estuviesen viviendo ya bajo las reglas del proceso secundario y que, posteriormente, sufren de graves regresiones.

Ya en la adolescencia, el peligro se encuentra adentro; se llama "super yo" y se vive como un cuerpo extraño con el cual es indispensable llegar a un acuerdo y establecer un ritmo interno. Socialmente se prohíben los deseos incestuosos y la masturbación, tan necesaria en ese entonces. Aparece la ansiedad de separación y el miedo a la castración se sustituye

por el miedo a la muerte y a la destrucción.

Continúa la vida y se empieza a forjar el carácter. Por otra parte, la capacidad creciente de resolver los problemas llega a formar una nueva fuente de delicias. Simplemente, el pensar gratifica, y combinado con la fantasía produce inusitados placeres. Se juega a ser grande y a no tener miedo. En breve, se forma un mundo propio para sí mismo. Se acerca la despedida de la infancia, pues la adolescencia no es sino una dolorosa despedida, una travesía cada vez más lenta y más larga hacia el misterioso país del adulto.

La economía y las instituciones culturales presentan una seria amenaza al desarrollo normal de la adolescencia. Se acelera la sexualidad, y, al mismo tiempo, se reprime. Se piensa, por ejemplo, que muchas actitudes y comportamientos de rebelión e independencia que van desde la infracción civil hasta la libertad sexual, generalmente son la consecuencia de rupturas violentas de la dependencia, más que señales de haber madurado el conflicto. Otra salida es la de evitar el conflicto, lo cual se traduce en una detención del "proceso adolescente", como en los casos en que las ligas familiares han sido tan apretadas que han impedido la autonomía.

En la sociedad moderna, el adolescente debe enfrentar muchos problemas. Faltan trabajos y el adolescente tiene que esperar como tal, puesto que es mejor ser un adolescente viejo, que un adulto joven sin identidad y sin trabajo. No debería sorprender, entonces, el culto a la juventud y a la adolescencia y el choque de generaciones. La sociedad les exige y luego les hace esperar. Es cuando los adolescentes se agrupan, se enorgullecen hipomaniacamente y consideran intrusos a los adultos.

Cuando el yo no se encuentra suficientemente anclado en la realidad o cuando ésta representa al mundo hostil de los adultos, la regresión parecería ser la única respuesta; sin embargo, tiene que ser evitada. El adolescente exterioriza y concreta lo que no puede sentir y tolerar internamente; hace estallar en el ambiente el conflicto, la ansiedad, la culpa y la depresión; desplaza el drama interno a la arena pública esperando encontrar alguna solución afuera, que le permita funcionar y neutralizar sus impulsos amorosos y agresivos, condición indispensable para alcanzar la madurez; aparece una fuerte discrepancia entre ambiente y organismo, se pierde el equilibrio; se deslava el delicado fenómeno que diferencia la esencia femenina de la masculina; se acepta la homosexualidad y la ambigüedad; se prolonga la adolescencia y se convierte en una razón de ser, en un estilo de vida. En lugar del empujón normal y saludable hacia la edad adulta, se detiene el proceso y queda abierto.

No de manera necesaria lo que trauma en la infancia pasa indeleblemente al adulto. La neurosis infantil posee un potencial específico que puede o no conducir a la neurosis del adulto. Es en la adolescencia donde sí coincide fuertemente la etapa que enferma al adulto. Aquí se pueden llegar a estructurar patrones en base al pasado, que obedecen a leyes caprichosas y que pueden armonizarse y pasar a la adultez o bien permanecer fragmentadas y fuera de ritmo.

La adultez, por su parte, es la etapa cumbre del

ser humano; rica en descripciones e información.

En cambio, la vejez progresivamente se ha convertido en algo vergonzoso, de lo cual casi no se habla. En realidad, no se considera a la vejez como una clase de edad definida. La pubertad, por ejemplo, va acompañada de ritos de pasaje, pero el momento en que comienza la vejez está mal definido, varía según las circunstancias. En ninguna parte se encuentran ritos de iniciación que establezcan un nuevo *status*.

Por otro lado, como los viejos no constituyen ninguna fuerza económica, no tienen los medios de hacer valer sus derechos. Los mitos y estereotipos tratan de mostrar que en el viejo hay otro que no somos nosotros.

El ciclo vital se rompe, está mutilado. Si el viejo manifiesta los mismos deseos, los mismos sentimientos, las mismas reivindicaciones, causa escándalo. En ellos, el amor y los celos son ridículos, la sexualidad repugnante y la violencia irrisoria; deben dar ejemplo de todas las virtudes. Ante todo, se les exige serenidad; en verdad, se afirma que la poseen, lo cual autoriza a desinteresarse de su desventura.

La imagen sublimada que de ellos se propone es la del sabio aureolado de pelo blanco, rico en experiencia y venerable, que domina desde muy arriba la condición humana. Si no cumple con esto, se ve degradado y aparece la imagen del viejo loco que chochea y dice desatinos.

Nos negamos a reconocer el viejo que seremos. Tratamos en vano de detener el tiempo, destruimos nuestro ciclo y nos quedamos sin modelos.

El viejo, incapaz de satisfacer sus necesidades, representa siempre una carga. Sin embargo, en algunas sociedades en las que reina cierta igualdad, el hombre maduro sabe que su condición será la misma que asigna hoy al viejo.

Envejecer implica cambiar. El embrión, el recién nacido, el niño, la vida misma no es más que un cambio; un sistema inestable en el que el equilibrio se pierde y se reconquista a cada instante. La inercia es, en cambio, sinónimo de muerte.

De alterarse el ritmo eterno en alguna dirección, se detendría el proceso vital. La vida es un *continuum* siempre en movimiento, que puede y debe cambiar, pero que requiere de ciertos elementos esenciales que de no existir, perturbarían el desarrollo.

Es de esperarse que el beneficio social se logre mejor a través de reforzar y fortalecer las ligas biológicas de los padres con sus hijos en los momentos en que cada quien es más susceptible de formar nuevos hábitos. Podemos pensar que la paternidad aparece como un refinamiento social del hombre a la dependencia de los pequeños. De hecho, el papel del hombre

en la fecundidad era prácticamente desconocido hasta hace muy poco en la historia de la humanidad y su meta y vicisitudes, hasta el presente, no se pueden definir con seguridad.

El comportamiento del hombre frente al recién nacido seguramente ha sido precedido por miles de años de experiencia. En la actualidad, dicha respuesta trata de ser más controlada por el hombre moderno a través de una combinación de experiencia, conocimientos, herencia y participación. Por ejemplo; en el embarazo, en el parto y en los primeros cuidados del recién nacido se debe tratar de restablecer la cercanía necesaria entre padre e hijo, la cual se ha venido esfumando a través de la historia por medio de divisiones arbitrarias entre los sexos, ya sea por el trabajo o por los estilos que toman algunas estratificaciones sociales.

Con el aumento de separaciones entre los padres, hay un número alarmante de niños que crecen en hogares donde sólo queda uno de los progenitores. Es indudable que esto produce algunos trastornos en el infante. Existe la duda de si sólo uno de los padres puede llenar las necesidades del niño de una forma totalmente satisfactoria. Se piensa que algunas madres se vuelven sobreprotectoras, aunque la incógnita prevalece.

Es necesario también reconsiderar e investigar intensamente instituciones como el tabú al incesto, que protege a los pequeños de los impulsos sexuales del adulto. Es necesario definir lo masculino y lo femenino, definir las funciones de padre y madre por sí mismas, desprendidas de su clásica posición en la familia biológica. Será un reto encontrar o crear nuevas formas de reforzamiento social. Habrá que sustituir los estilos de comportamiento, que no estarán ya enraizados en las respuestas biológicas típicas como durante milenios, sino apoyadas en arreglos coherentes de la cultura y de la sociedad.

Ser como uno mismo tal vez resulte, a final de cuentas, la meta. Es decir, seguir el eterno ritmo, el infinito balance armónico de la naturaleza. Sin duda, resulta ser también la empresa más difícil.

Las dependencias e influencias de los demás forman parte de uno mismo. El hombre, pues, se ve envuelto en un constante dilema.

La fragmentación del ser y la falta de un sentimiento de continuidad en tiempo y espacio son peligros que acechan al hombre del futuro.

El pecado mortal continuará siendo aún, la violación de las grandiosas leyes de la naturaleza.

El hombre deberá aprender a no apresurar estas normas, a no ser impaciente, a obedecer confiadamente el ritmo eterno.

BIBLIOGRAFIA

1. BLOS P: *On Adolescence*. Free Press of Glencoe, Nueva York, 1962.
2. BLOS P: *The Adolescent Passage*. International Universities Press, Inc. Nueva York, 1979.
3. CANNON W B: *The Wisdom of the Body*. W.W. Norton and Company Inc. Nueva York, 1932.
4. ERIKSON E: *Infancia y Sociedad*. Ediciones Horwé S A E, Buenos Aires, 1970.

5. ERIKSON E: *Insight and Responsibility*. Norton Inc. 1964.
6. ERIKSON E: *The Healthy Personality, an Identity and the Life Cycle*. Psychological Issues, No. 1, 1959.
7. FREUD A: *Normality and Pathology in Childhood*. The Hogarth Press, Londres, 1973.
8. FREUD A: *The Ego and the Mechanisms of Defence*. International Universities Press, Inc. Nueva York, 1950.
9. FREUD S: *Three Essays on the Theory of Sexuality*. The Standard Edition, The Hogarth Press, 7: 125-231, 1905.
10. FREUD S: *The Ego and the Id*. The Standard Edition, The Hogarth Press, 19:3-63, 1923.
11. FREUD S: *The Period of Sexual Latency in Childhood and its Interruption*. Standard Ed. VII., 1905.
12. FREUD S: *Formulations on the Two Principles of Mental Functioning*. Standard Edition, The Hogarth Press, Vol. 12, 1911.
13. HOFFER W: *Development of the Body Ego. The Psychoanalytic Study of the Child*. Vol. V. International Universities Press Inc. Nueva York, 1950.
14. KOHUT H: *The Analysis of the Self*. Monograph Series of the Psychoanalytic Study of the Child, Monograph 4. 1971.
15. KOHUT H: *The Restoration of the Self*. International Universities Press, 1977.
16. KLEIN M: On the development of mental functioning. *Int Journal of Psych*. 39: 84-90, 1958.
17. LEE C P, SUSSMAN R S: *Sex Differences. Cultural and Developmental Dimensions*. Urizen Books, Nueva York, 1976.
18. MAHLER M: On the first three subphases of the separation individuation process. *Int J of Psychoanalysis* 53: 333-336, 1972.
19. MAHLER M: *Simbiosis humana. Las vicisitudes de la individuación*. I. Psicosis infantil. International Universities Press Inc. Nueva York, 1972.
20. PIAGET J: *Judgment and Reasoning in the Child*; Trans. Marjorie Warden, Littlefield, Adams and Co., Peterson, Nueva Jersey, 1959.
21. PIAGET J: *The Language and Thought of the Child*; Trans. Marjorie Gabain. Meridian Books, Inc. Nueva York 1955.
22. SPITZ R: *El Primer Año de Vida del Niño*. Fondo de Cultura Económica, México, 1969.
23. SPITZ R: Analytic depression. *Psychoanalytic Study of the Child*, 2: 313-342, 1947.
24. SANDLER J, HOLDER A, MEERS D: The ego ideal and the ideal self. *Psychoanalytic Study of the Child*. Vol. 18, International Universities Press, Nueva York, 1963.
25. TYLER A E: The process of humanizing. *Psychological Manual Family Process* 3:2, septiembre 1964.
26. WINNICOTT: Transitional object phenomena. *Int J Psych* 44: 89-97, 1953.
27. WOLFF PH: Observations on newborn infants. *Psychosom Med*. 21: 110-118, 1959.